

y obrera socialista, además, no es casada; porque de soltera tuvo el hijo y de soltera se atreve á reclamarlo.

«No basta que hayas parido al hijo, que hayas trabajado, peleado, sufrido por él—exclaman no te le damos, aunque seas honrada, aunque seas trabajadora; aunque, reclamándolo, en el primer claro de bienestar que te brinda la suerte, pruebes ser madre buena.»

Damas de honor y mérito, autoras de un atropello que crispera los nervios y enciende la sangre, no supongáis que el mundo y el derecho son en la vida moderna tales como os lo pintan vuestros jesuitas confesores, vuestros neotulios, vuestros inquisitoriales luises.

El mundo moderno, aun en España, es otro, y otro es el derecho moderno también. El derecho moderno se acomoda cada vez más á la ley natural, violada despiadadamente por las damas de honor y mérito que componen la Junta de la Inclusa.

**Ventanas cerradas.**

Mudo y ciego, sin que voz alguna alegre penetrándola recia mampostería de sus muros, sin que ninguno de sus huecos se desentorne al contacto del sol, el palacio de Riera, deshabitado, silencioso, viene á ser en la bulliciosa calle de Alcalá lo que un trozo de carne muerta en un cuerpo vivo.

Ni su verja de áureos remates, ni la cantería de su zócalo, ni sus muros esbeltos y sus airoso-ventanales, consiguen hacerlo simpático.

Inútil es que los árboles del jardín suban al espacio y abran el abanico de sus ramas para ofrecer sombra á las flores y nidos á las aves; inútil que las flores envíen á la calle perfumes y los pájaros trinos; inútil que el sol pulimente las caperuzas de pizarra y que la luna romantece macizos y troncos; inútil que la finca pregone con arquitectónicos alardes la riqueza de su amo. Quien pasa y repasa á diario frente al edificio sólo tiene para él miradas hostiles donde se confunden la repulsión y el odio.

En ese palacio falta algo que con su ausencia todo lo afea y entristece. Ni el oro de las

verjas, ni los repujados del granito, ni los adornos del balconaje, ni la esbeltez de los muros, ni los tonos de la vegetación, ni el canto de las aves, ni el olor de las flores, pueden suplir la ausencia de ese algo: el palacio de Riera está huérfano de humanidad, porque tras sus muros no hay seres que gocen ó que sufran, que proclamen la vida con sus llantos ó con sus risas; porque nunca se abren sus balcones para dar paso á un rostro femenino que prometa con sus ojos amor y con su sonrisa placer; porque entre las ventanas no asoma jamás una cabeza de hombre con la frente contraída por el choque de los pensamientos ó con las pupilas dilatadas por el fuego de una esperanza, de una ambición, de una memoria; porque las arenas del jardín no crujen al correr de niños que reconforten con baños de oxígeno su entrada en la existencia; porque á la sombra de los árboles no recuestan ancianos que alumbren con cernidas partículas de sol su viaje á la muerte; porque el perfume de las flores se desvanece sin que lo absorban los poros de una hembra, transformada en espléndido esenciario de carne; porque el canto de los pájaros se pierde sin que nadie lo recoja; porque las ondas áreas se huyen sin que nadie las transforme en palabra, en suspiro, en carcajada ó en sollozo; porque todo eso falta dentro de él, está huérfano de humanidad el palacio Riera...

¡ Y si fuera solamente por eso !

Junto á las verjas del palacio pasan hombres, mujeres... gente que se dirige á la diversión ó al trabajo, que vuelve del trabajo ó de la diversión; toda esta gente sube y baja, contemplando los paredones de la casa desierta.

La multitud se abre de cuando en cuando para escupir seres andrajosos. Estos seres llevan los pies descalzos, la ropa hecha jirones, los semblantes llenos de palidez, el estómago de hambre, el pensamiento de tristezas; pasan junto al palacio y cuentan los minutos del día, minutos que se prolongan angustiosamente anunciando un pan que no acude. Cuando viene la noche, cuando el sol, perdiéndose en el horizonte, les quita su único brasero, aquellos miserables buscan el quicio de una puerta, el hoyo de un desmonte, el hueco de un árbol, para procurarse reposo; allí duermen, mientras el palacio, que mide por centenares de metros su edificación y numera por docenas sus cuartos, se yergue sobre la calle de Alcalá con las puertas cerradas y los balcones sin abrir, impenetrable por fuera, vacío por dentro...

Desde hace pocos días, próximamente un mes, toma asiento junto á la verja del agresivo caserón una criatura, entre niña y mozuela, una aurora de mujer que lleva la noche en los ojos.

Como las puertas y las ventanas del palacio,

los ojos de la criatura están cerrados á la lumbre del sol.

Pero mientras las ventanas de aquél se hinchan para no recibir la luz que quiere invadirlo, los ojos de la ciega se abren pidiendo una luz que no los quieren iluminar.

¡Pobre moza!... ¡Ni siquiera disfrutas la dicha de leer en las miradas de los hombres que vas á ser hermosa! Con la mano tendida hacia adelante, una bandeja sobre las rodillas y los ojos muertos, vagando por la atmósfera inútilmente, implora la caridad pública, junto al inmueble solitario.

Tal vez su instinto, solicitado por requerimientos de la afinidad, escogió la verja para sus tareas de mendicante. Ninguno más conforme á quien, siendo bella y robusta, vive condenada por la suerte á la miseria y al dolor, que aquel edificio, más que suficiente para albergue de un barrio obrero, para aula de niños, para asilo de ancianos, y condenado, sin embargo, por su amo al vacío y la obscuridad.

¡Infeliz criatura! Por frente de tus ojos pasan hombres que curiosean tu belleza; mujeres que la envidian; ante ellos se tiende un cielo azul, donde luce el sol como un ascua, la luna como una lámpara nupcial y las estrellas como piedras preciosas engarzadas al manto de un dios; á tus pies se alzan los troncos de los árboles, sacudiendo cabelleras verdes; por

encima de tu cabeza se enamoran los pájaros sacudiendo las alas. Tú no lo ves, no puedes verlos, tienes los ojos cerrados á la luz.

También el palacio tiene puertas y ventanas cerradas á la luz; tampoco ve las miradas de odio que le dirigen los seres andrajosos que la multitud escupe en su ir y venir por la ancha calle de Alcalá.

¡Pobre criatura!... ¡Que no hubiera forma de dar la luz á tus ojos grandes y muertos! ¡Quién los pudiera resucitar para que abarcasen de una vez cielo y tierra, hombres y astros!...

¿Resucitarlos?... ¿Darles luz?...

Nacida abajo, donde la miseria es ley, el abandono maestro, la belleza castigo y no don, acaso fuese una crueldad alumbrarte los ojos.

¿A qué? Antes de tropezar con el cielo, tropezarías con la tierra. En ella encontrarías, tú, que eres hermosa y eres pobre, muchas puertas, muchas ventanas, como las del palacio Riera, cerradas á la luz, á la santa luz de la bondad, de la justicia y del amor.

**Crítica esportillera.**

Bajaba yo por la calle de Fuencarral.

Está ahora esa calle tal que si empezaran á urbanizarla. Donde no faltan las aceras, se hunden los adoquines. No hay más sitio firme, á los objetos de pisar, que el ocupado por los carriles del tranvía. Esto supone para el transeunte dos peligros: dejarse una pierna en cualquiera de los hoyos abiertos en la calle, y morir aplastado por el topetazo de un vehículo eléctrico.

Advierto que el transeunte puede optar entre los dos peligros; de suerte que cuanto le suceda será por su libre elección. No se le ocurra culpar luego desde el hospital ó desde la tumba al Municipio.

Como dije al principio, bajaba yo por la calle de Fuencarral, y, bien contra mi gusto, tuve que detenerme. Debióse ello, no á los obstáculos de referencia, á los obstáculos de una curiosa multitud que llenaba los espacios firmes del terreno para inspeccionar la faena de los trabajadores.

Más de mil eran los curiosos. ¡Y cuidado

si la faena era desabrida y vulgar! Llevar y traer esportones de arena, remover adoquines, abrir zanjas para el paso de las cañerías, apalancar baldosas, atornillar carriles... Faenas vulgares, muy vulgares, que hacían sudar copiosamente á los infelices obreros.

Pues los curiosos no se conformaban con impedir totalmente la casi impedida circulación, y con mirar, cruzados de brazos, las faenas del prójimo. Criticábanlas y ponían en sus críticas desde la imprecación solemne, hasta el chiste cruel.

—¡Mira aquel gandul cómo gana el jornal!— exclamaba uno, señalando á un esportillero que liaba un cigarro—. Es el tercer pitillo que enciende en una hora que estoy aquí.

—¡Vaya—decía otro, señalando hacia un cavador—, no se le rendirán los brazos con el aire que les da para mover el pico! ¡Si los moviera para bailar con alguna golfa, ya andaría más listo!

—¿Pues y aquél? ¡En cada viaje carga la espuerta con un par de adoquines! ¿Quién ha visto llenar espuertas de ese modo?

Ni un solo obrero se escapaba á la censura de aquellos vagos en cuadrilla. Ni uno solo de éstos dejaba de afirmar que él haría más de prisa y mejor el trabajo que realizaban los otros.

Y mientras los censores distraían, con la censura de la ajena labor, sus ociosidades, los obre-

ros sudaban herramienta en mano ó espuerta á hombros.

¡Deliciosa condición de la raza, por cuya virtud anda la raza tan boyante! Ni los obreros de la Villa escapan á ese quehacer triste en que se ocupan quienes nada hacen, poniendo tachas y defectos á los que hacen algo.

Menos mal que el Ayuntamiento no encarga á estos curiosos la esportilla y el pico para que substituyan á los obreros en funciones. ¡Si lo hiciera así, aviados estábamos! Pobres inquilinos de la calle de Fuencarral. Iban á estar encerrados en casa ó en peligro perpetuo de muerte hasta que les llegase la hora de morir.

¡Bien andaría la obra si los censores pusieran mano en ella!

Mal que bien, los obreros de ahora van recomponiendo la calle.

Rayo de sol.

En la olmeda hace sombras dulces el ramaje.  
Hora es de siesta. Dormilón va el aire por la  
atmósfera.

Abajo, tras los matorrales verdinegros, se oyen  
los murmurios del río; río heroico, que ahora  
siente la influencia virgiliana del Mayo y trae  
al oído sonos de lascivia.

El sol filtra por entre las hojas de los olmos  
en lluvia dorada, que pinta sobre la hierba bo-  
tones de topacio. Un mirlo va y viene por la  
divina alfombra con gracioso picotear: de cuan-  
do en cuando responde con silbidos al requeri-  
miento de la hembra.

¡ Meridiano instante del sol primaveral!... A  
la lumbre del astro todo el paisaje se enjoece;  
de todo él llegan quedas voces, trovadoras de  
ensueños.

Salta el río con suave caricia de espuma en  
las distanciadas orillas. Respondiendo á los ha-  
lagos suyos, una voz moceril entona la jota,  
no ya brava y desafiadora como cantar de gue-  
rra, lánguida y acariciante como endecha de  
amor.

Voz de hembra es la voz ; de querer es la copla que el aire lento lleva y trae por la olmeda.

Te quiero más que á mis ojos ;  
 más que á mis ojos te quiero ;  
 y eso que adoro á mis ojos  
 porque mis ojos te vieron.

Al imán de la copla voy descendiendo poco á poco hacia las márgenes del río. Forma éste remanso para adquirir bríos y abrirse en brazos de cristal sobre una islilla, que es esmeralda entre el brillantaje de las ondas.

Un olmo solitario se alza á la orilla del islote. Buen anciano, de rugosa piel y cabellera verde, se inclina hacia las aguas, más para verlas que para verse en su cristal. No busca espejos la vejez, que los huye : busca ajenos encantos que la resarzan de la pérdida de los propios. Eso hace el olmo anciano : recrearse en los juegos moceriles del río. Su ancha copa describe en el suelo un círculo de sombra ; este círculo vaga por la hierba esmeralda, para morir en las ondas nácar.

Bajo el olmo está la cantora. Primavera es por sus años, que no pasan de quince ; primavera que se deshace en notas de amor sobre el entreabierto capullo de unos labios carmín.

Desnuda está de medio cuerpo, revistiéndose la carne, húmeda aún por el abrazo de las aguas.

Una falda amarilla cae de su cintura para arrebujarse en la media pierna. La cabeza se apoya en el almohadón de los juncos que se desprenden hacia el río ; la cabellera rubia flota en abierto haz sobre las ondas.

Es dorada su carne, y en la del rostro lucen como puntitos de áurea luz las pecas ; de topacio tienen sus ojos la color ; hebrillas de oro son sus retorcidas pestañas.

Por la copa del olmo se filtra el sol ; un rayo se hace abanico entre las ramas y cae abierto sobre la criatura.

Envuelta por el rayo, es la moza prolongación del rayo mismo ; imagen modelada con pedazos de sol. Tan dorada es su carne, tan rubio su pelo, tan áureos sus ojos, que no se sabe dónde concluye el astro y dónde empieza la mujer.

Todo es luz y color en el rayo y en la hembra ; todo es lluvia de oro ; hasta las notas del cantar vibran en una atmósfera dorada.

Dijérase que el rayo del sol, aburrido de flotar sin forma precisa por el aire, tuvo el capricho de adquirirla y para lograrlo se fecundó á sí propio.

Hija de aquel rayo es la criatura caída contra la hierba, junto al río ; último reflejo del rayo, que en el río se pierde, el abierto haz de sus cabellos.

Criatura de los ensueños meridianos, quizá se modeló en el fondo del río con los rayos

de sol que el río absorbiera ; quizá salió del río para atraer á los caminantes enamorados con su voz, y ceñirles con su abrazo de fuego, y sepultarles en el misterio de las ondas.

La voz sigue cantando ; la cabellera va y viene por las aguas ; á los temblamientos del astro, dan cambiantes topacio los pliegues de la falda amarilla ; son chispas de luz las menudas pecas del rostro...

Salpicaduras.

Organismo en descomposición es la sociedad española, y, claro, á poco que se apriete en cualquiera de las partes que la constituyen, saltan chorros de pus.

Hoy ha tocado á la justicia sufrir el estrujón, y la podredumbre brota con abundancia, salpicando los pupitres del Gobierno civil, las carpetas de las escribanías, las togas de los jueces y las borlas que engalanan los bastones de autoridad.

La estafa del *Cantinero* ha hecho oficio de piedra, disparada imprudentemente contra una charca: remover el fondo, sacar el cieno á la superficie y cubrir la atmósfera de hedores.

Este proceso en que todo, absolutamente todo, es repugnante, no ofrece en su vergonzoso cinematógrafo, una sola figura simpática. Víctima, acusadores y acusados, entablan refido pugilato para ver cuál produce más náuseas en la conciencia pública.

Desde el *Cantinero*, que debe su caudal á la usura, hasta María Reina y Engracia Rodrí-

guez, esas dos mujeres, estafadoras de su sexo; desde Conde, que utiliza sus incomparables méritos caligráficos en desvalijar á su prójimo, hasta los policías, que cobran impuestos al ladrón por el libre ejercicio de su arte; desde Luna, acusador de los colegas, con quienes multitud de veces repartiera el botín, hasta el *Perro*, disfrazado de maestro de niños, siendo catedrático de hampones, todas las imágenes que revolotean en torno del millón, traen calambres de asco al estómago é impresiones despectivas al juicio. Todas ellas componen un siniestro desfile de miserables. Sus declaraciones desprenden vahos de estercolero removido. Cuando uno termina de leer la Prensa, siente ganas de pedir á gritos un cubo. Se impone el vómito.

¡Sí; producen ansias de vomitar esos desperdicios humanos que las estafas del *Cantintero* vuelcan sobre la superficie de la sociedad española; es vergonzoso que los criminales acusen de cómplices, encubridores y cóparticipes en sus delitos, á los representantes de la autoridad, que tienen á su cargo evitarlos; más vergonzoso es todavía que esos mismos representantes de la autoridad, acusándose, descubriéndose unos á otros, prueben que la infamia alcanza materialmente á casi todos y á todos moralmente; más vergonzoso aún que en las que pudieran llamarse sacristías del templo de la justicia his-

tórica, los criminales hagan con billetes del Banco cuerdas de evasión y las causas se entierren con paletadas de oro; vergonzoso, horrible, será que, si los encargados de realizarlo, tienen suficiente valor para remover el cieno, surjan de éste, ignominias, que no toquen sólo á mujeres como la Reina y la Rodríguez, á hombres como Conde y el *Perro*, á policías como Luna, sino á cosas más respetables y más altas; será horrible, pero será lógico en esta sociedad española, donde la honradez y el trabajo y la independencia más son obstáculo que ayuda al bienestar y al respeto de los ciudadanos, y donde todo se logra con la influencia, con el favoritismo, con la adulación y con el dinero.

Remuévanse todos, absolutamente todos los fondos de la sociedad española; bucéese en ellos; tráiganse á la superficie sus impurezas, y en todas se hallarán, prescindiendo de accidentes y modalidades, idénticas miserias, acaso mayores, que en los fondos removidos por la estafa del *Cantintero*.

¡El oro, la influencia, el favoritismo, la adulación!... ¡Désotas ante quienes baja la cabeza todo el mundo; procuradores, por obra de los cuales todo se consigue entre nosotros! ¡Pobre quien sólo cuente con su trabajo, con su honradez, con la diafanidad de su conciencia y la independencia de su juicio, para medrar y para vivir!

Si no tiene protectores que le ayuden ; oro que merque lo que al mérito y á la virtud se discute y se niega ; si no sabe convertirse en favorito de un potentado ó no posee suficiente flexibilidad de espinazo para hacer genuflexiones y cortesías á los pies de un magnate, de nada le servirán trabajo y honradez, pureza de conciencia y firmeza de juicio ; desconocido y miserable vivirá, mientras otros se alzan sobre él y ocupan por gracia del compadrazgo y la adulación los mejores puestos.

¡ Oro y favor !... Tales son los dioses que en la sociedad española practican milagros. ¡ Oro y favor !... Con ellos nada es imposible. Y como el favor se compra con el oro y el oro brota del favor, pocos son los que en esta dura pelea de la vida no procuran tenerlos á todo trance.

Oro necesita Mariano Conde para vivir en paz con policías y curiales, y oro amasa, falsificando documentos ; oro necesita el *Perro* para que los polizontes no le pongan bozal que le impida morder, y oro hace en su cátedra de hampones, disfrazada de escuela de niños ; oro y favor necesita Luna para no perder las borlas de su bastoncillo policíaco ; oro y favor necesitan sus otros compañeros para no quedarse cesantes. Oro y favor. Y todos procuran adquirirlo, sin reparar en medios, en expedientes y recursos, dentro de esta sociedad española donde honradez, virtud, trabajo, son cualidades negativas que sólo

amarguras producen ; idiomas muertos que nadie se ocupa en apreciar y traducir.

¡ Oro y favor !... De ellos precisan quienes tienen asuntos que resolver en las oficinas del Estado ; de ellos quienes solicitan puestos en que el mérito solo, no halla justa colocación ; de ellos quienes andan en relaciones poco cordiales con la justicia ; de ellos, quien pretende, para lograr su pretensión ; quien manda, para continuar el mando ; quien suplica, para que sus súplicas no se desvanezcan en el aire ; quien ordena, para que sus órdenes se cumplan.

Esta es la obra de inmoralidad, de corrupción, realizada con la sociedad española durante siglos, por los que han tenido á su cargo dirigirla, dignificarla y engrandecerla. Esta, la vergonzosa herencia que recoge España al cabo de trescientos años en que, salvo un período de seis, reyes y frailes, bonetes y espadaones, fueron árbitros.

Esta es la atmósfera de podredumbre y prostitución que todos los españoles respiran desde el día que nacen ; atmósfera á la que sustraerse es difícil ; ambiente del que pocos, muy pocos, logran escapar dignamente.

Este es el virus gangrenoso que corroe el organismo de la sociedad española. De ahí que cuando este organismo se estruje por cualesquiera de sus partes, salten chorros de pus.

No ; no son María Reina y Engracia Rodrí-

guez, no es Mariano Conde, no es el *Perro*, no es Luna, no son todas las repugnantes imágenes reunidas sobre el proceso del millón, lo más indigno.

A cosas más altas hay que dirigir el pensamiento.

La flor del carbón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1675 MONTERREY, MEXICO